

GABRIEL BIEL, LUTERO Y LA JUSTIFICACIÓN POR LA SOLA FE

M.^a SOCORRO FERNÁNDEZ-GARCÍA

1. *Introducción*

Son numerosos los lugares en los que Lutero reconoce a Ockham como su maestro. Era lógico que al comenzar su actividad docente en Erfurt, comenzando las *Sentencias* de Pedro Lombardo, siguiera las lecturas que hicieron, no sólo Ockham, sino también otros autores, herederos del terminismo ockhamista, como Gregorio de Rimini, Pedro D'Ailly y, sobre todo, Gabriel Biel (1410-1495)¹.

Es indiscutida la influencia de Biel en el primer Lutero. Las primeras *lectiones* de Lutero como glosador de las *Sentencias* de Pedro Lombardo tuvieron a Biel como mediador autorizado. De hecho, dirá que aprendió los textos gabrielistas poco menos que de memoria².

Sin embargo, Lutero atacará a Biel en una época posterior. Por ejemplo, en 1517, con ocasión de una disputa académica organizada en la promoción de Francisco Günter a *baccalaureatus biblicus* tachará a Biel de escolástico y de pelagiano, aunque lo que Lutero pretendía combatir era la escolástica medieval, y Biel le servía sólo de pretexto. La escolástica ya estaba muy deteriorada por el nominalismo, del que Biel se sintió deudor en todo momento³. Volvemos a encontrar

1. Cfr. Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, *Raíces históricas del luteranismo*, BAC, Madrid 1976, pp. 107-112.

2. «Gabrielem et Cameracensem pene ad verbum memoriter recitaret poterat» (*Luteri Opera*, II, Pref. Wittemberg 1546).

3. Cfr. Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, *Martín Lutero. El fraile hambriento de Dios*, BAC, Madrid 1973, I, p. 220. En el campo evangélico destacan dos recientes biografías sobre Lutero: Bernhard LOHSE, *Luthers Theologie in ihrer historischen Entwicklung und*

estas mismas acusaciones en 1518, en la disputa contra Juan Mayer de Eck (1486-1543), con quien se enfrentará nuevamente un año después en Leipzig⁴.

¿Por qué un cambio tan radical? Es ésta una cuestión difícil de dilucidar, aunque en mi opinión, Lutero tomará de Biel lo que éste a su vez ha recogido de Ockham, y rechazará todo aquello que tiene que ver con el optimismo antropológico gabrielista.

Voy a intentar mostrar esta influencia de Biel en Lutero a través de los comentarios que hace Gabriel al famoso texto de Rom. 1,17 en su obra *Collectionum circa quattuor libros Sententiarum*, en que lee las *Sentencias* de Pedro Lombardo, según el uso de la época, pero tomando a Ockham por guía⁵. Biel introduce la cita de Rom. 1,17 cuando plantea la cuestión de la diferencia entre la fe infusa y la fe adquirida y sostiene la prioridad de la primera sobre la segunda. La referencia paulina aparece en tres distinciones de las *Collectionum*: la 23 y 25 del libro primero, y la cuarta del libro cuarto.

2. Sobre la necesidad de la fe infusa para ser creyente

En primer lugar, Biel se plantea hasta qué punto es necesaria la fe infusa para creer todas las verdades de fe. Para ello distinguirá entre la fe como acto, la fe como hábito y la fe como objeto⁶.

La fe como *acto* se refiere al asentimiento del sujeto, o consentimiento a la verdad revelada. El ejemplo que nos ofrece la Sagrada Escritura lo encontramos en Rom. 10,17: «La fe es por el oído». La fe como *hábito* significa la capacidad adquirida a través de asentimientos frecuentes, o infundida de modo inmediato por Dios, que inclina al intelecto para asentir a las verdades reveladas. De este modo encontramos en Heb. 11,6: «Sin la fe es imposible agradar a Dios». La fe como *objeto* es la verdad creída o la cosa significada por ella, esto

in ihrem systematischen Zusammenhang, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen 1995; e ID., *Martin Luther. Eine Einführung in sein Leben und sein Werk*, C. H. Beck, München 1997. Sobre estas dos obras, véase los comentarios de Jutta Burggraf, en «Anuario de Historia de la Iglesia», 7 (1998) 458-461.

4. Cfr. *ibidem*, I, 348.

5. Cfr. Gabrielis BIEL, *Collectionum circa quattuor libros Sententiarum*, J. C. B. Mohr, Tübingen 1973, 5 vol. Citaré esta obra por el número de libro, en romanos, seguido de la cuestión o distinción que se trate, y del número de página. Para una primera aproximación bibliográfica, cfr. C. RUCH, en DThC, II, 814-825; Friedrich STEGMÜLLER, en LThK, II, 454-455; Maïeul CAPPUYNS, en DHGE, VIII, 1429-1435, todos ellos *ad vocem*.

6. Cfr. *Collectionum*, III, d. 23, q. 2-A, 404.

es, las verdades que hay que creer. Vease, 1 Tim. 4,6: «Alimentado con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has alcanzado».

Se entiende que la fe como objeto puede ser subdividida de muchos modos, según la diversidad de los artículos y de las verdades que hay que creer. Sin embargo, desde el punto de vista subjetivo, es decir, como hábito, la fe se divide en fe infusa y fe adquirida. Para Biel la fe es una certeza que se encuentra por encima de la opinión y por debajo de la ciencia⁷.

De cuanto hemos dicho se puede concluir que Biel otorga una prioridad al aspecto subjetivo de la fe sobre el contenido objetivo de ésta, o sea, sobre las cosas que no se ven y se creen, y las verdades referentes a la religión. No habla Biel de Dios como objeto de fe, ni de verdades reveladas. De hecho, una vez establecidas las distintas formas de la fe, la definición más general y prioritaria es la fe como virtud o como hábito. Tal hábito no es creer en nada concreto, sino sólo la pura capacidad de creer, la condición de posibilidad de creer. Pero tampoco la fe adquirida es nada objetivo, sino el puro asentimiento subjetivo.

En algún sentido, esto constituye un preludio de la modernidad. Supone la posibilidad de existencia de un creyente que no crea nada concreto. La fe se desliza hacia la pura confianza, o sea, hacia una actitud de abandono del creyente en Dios. Como se sabe, también en Lutero lo importante será la confianza que tiene el sujeto en salvarse, más importante que la fuerza de la palabra de Dios que salva.

Esta perspectiva general, es decir, la consideración de la fe como hábito cierto o seguro, que conviene tanto a la fe infusa como a la fe adquirida, abandona los contenidos objetivos para centrarse en las actitudes subjetivas, que se resumen en la búsqueda de certezas. En este sentido y no en otro, Biel sostendrá, refiriéndose al hábito infuso (no al adquirido), que la fe es la primera virtud, sin la cual nadie puede conseguir lo que espera⁸. (Obsérvese que se mantiene la fórmula teológica tradicional, pero que se ha cambiado su contenido).

3. *Sobre la prioridad de la fe infusa sobre la fe adquirida*

Una vez establecida la prioridad de la fe como certeza, Biel establecerá que la fe infusa, es decir, la capacidad o condición de posibilidad de la creencia, tiene que ser sobrenatural. La fe infusa es pues infundida por Dios y es

7. Cfr. *Collectionum*, III, d. 23, q. 2-B, 405.

8. Cfr. *Collectionum*, III, d. 23, q.2-C, 405.

sobrenatural. Ahora bien: ¿acaso entiende Biel lo sobrenatural en el mismo sentido en que se había entendido hasta entonces, o bien cambia su significado, siguiendo a Ockham también en esto?

Biel ha intentado diferenciar previamente entre fe infusa y fe adquirida⁹. Las dos son hábitos o disposiciones *muy* estables (es evidente que está refiriéndose a subpredicamentos de la cualidad). La fe adquirida es el hábito que se consigue de modo natural, a partir de los frecuentes actos de fe, mientras que la fe infusa es el hábito o cualidad producida por Dios en el alma, que inclina hacia los actos de fe de modo mediato o inmediato, y dispone a conseguir el hábito de la fe adquirida¹⁰.

De todo ello, Biel concluirá que la fe adquirida es necesaria para creer los artículos de la fe, como sostiene San Pablo en Rom. 10. Y sostendrá también que no puede demostrarse racionalmente que la fe infusa sea necesaria para creer los artículos de la fe, ya que para creer todas las cosas creíbles es suficiente, en sentido abstracto, la fe adquirida¹¹. Ahora bien, ¿en la práctica es posible creer sin la posibilidad de creer? ¿Es posible tener el hábito adquirido de creer, alcanzado por la repetición frecuente de actos de fe, sin la previa disposición infusa o aptitud para creer?

Biel sostiene, y así lo expresan las Escrituras, que la fe infusa debe ser puesta por delante de la adquirida. A la hora de mencionar los textos concretos en los que quiere justificar su juicio alude, entre otras citas, a la de Rom. 1,17: «El justo vive de la fe». Otros textos siguen en esta misma línea, como Heb. 11,6: «Es imposible sin la fe agradar a Dios». También en 1 Cor. 13. Por consiguiente, concluye que la fe se encuentra entre los hábitos infusos junto con la esperanza y la caridad; por lo tanto la fe es hábito infuso necesario para creer, aunque sólo se cree por la fe adquirida.

También en Eph. 2,8-9, habla el apóstol: «sois salvados por la fe y esto no por vosotros sino que es don de Dios, no a partir de las obras para que no os gloriéis». Esto, evidentemente, no puede ser entendido de la fe adquirida sino de la infusa.

Es de suponer que estos textos influirían notablemente en Lutero, aunque hasta aquí no se encuentra nada que pueda ser indicio de una desviación

9. Cfr. Giuseppe BARBAGLIO, *Fede acquista e fede infusa secondo Duns Scoto, Occam e Biel*, en «Pubblicazioni del Pontificio Seminario Lombardo in Roma. Ricerche di Scienze teologiche», 3 (1968) 126-166.

10. Cfr. *Collectionum*, III, d. 23, q. 2-G, 411

11. Cfr. *Collectionum*, III, d. 23, q. 2-K, 414.415.

posterior; incluso cuando sostenga que la fe infusa es capaz de abrir el entendimiento de modo que se pueda entender la palabra de Dios¹². Lo que se vuelve a destacar, es que el aspecto subjetivo es prioritario sobre el contenido. La fe infusa modifica al sujeto, no en cuanto al contenido de lo que tiene que creer, sino en cuanto a la capacidad que le otorga para creer lo que está en las Escrituras. Es más, esta prioridad es una verdad que no se puede demostrar, que hay que creer, porque así lo expresan las Escrituras. En otros términos: la necesidad de la fe infusa como condición de posibilidad de la fe adquirida sólo puede justificarse para evitar el recurso a una serie indefinida, que haría imposible la fe adquirida.

4. *Ockham y Biel*

Es necesario resaltar la clara presencia de Ockham¹³ en la síntesis gabrielista. Como es conocido, una de las cuestiones más típicas del *Doctor Inceptor* había sido la distinción entre fe infusa y fe adquirida. En este punto Biel coincide plenamente con su maestro.

De hecho, Biel fundamenta, con la erudición que le caracteriza, cómo la fe infusa es prioritaria, no sólo en el orden gnoseológico sino también en el ontológico. Al igual que Ockham, Biel sostiene que el hombre se hace creyente cuando recibe de Dios la fe infusa aunque todavía no crea nada en concreto. Dios obra en el alma del bautizado una inclinación habitual, con vistas a la Revelación, al mundo sobrenatural. Dios concede al hombre la inclinación intelectual que se actualiza con los distintos asentimientos naturales que haga a los artículos de fe¹⁴. Tenemos aquí un preludio de la justificación por la fe que desarrollará posteriormente Lutero.

Como ya hemos señalado, cuando Biel mencione los textos concretos sobre los que justifica su doctrina aludirá, entre otras citas, a Rom. 1,17: «El justo vive de la fe». Dirá que por la fe somos justificados y constituidos hijos de Dios. Pero con un importante matiz: que esto no puede ser entendido de la fe adquirida, la cual también puede estar en los demonios, sino sólo de la fe infusa.

12. Cfr. *Collectionum*, III, d. 23, q. 2-L, 417.

13. Cfr. Gordon LEFF, *William of Ockham. The metamorphosis of scholastic discourse*, University Press, Manchester 1975, p. 345.

14. Cfr. Josep Ignasi SARANYANA, *Grandes maestros de la Teología*, I. *De Alejandría a México (siglos III al XVI)*, Atenas, Madrid 1994, p. 173.

Otros textos siguen en esta misma línea. Por ejemplo, y por citar uno más: «Es imposible sin la fe agradar a Dios» (Heb.11); pero muchos agradaron a Dios sin la fe adquirida, como se muestra en los niños degollados por Herodes, y también en los niños bautizados que no tienen todavía uso de razón. En ellos hubo fe, no fe adquirida sino fe infusa¹⁵.

5. *Conclusión*

Aunque ya ha sido mencionado, sirva como conclusión el volver a decir que los rasgos característicos de la teología gabrielista que influyeron más en Lutero son aquellos en los que Biel sirvió de correa de transmisión entre Ockham y el Reformador. En concreto, dos son los principales: en primer lugar, la primacía de lo subjetivo sobre el contenido objetivo de la fe. Por esto Biel sostendrá que la fe infusa es necesaria, porque por ella podemos asentir a la verdad de Dios. Es la que nos capacita para ejecutar el acto. De hecho dirá que la fe infusa es la que tenían los padres antes de la llegada de Cristo. Es, precisamente, la que los ha justificado antes de la Encarnación.

En segundo lugar, la separación que establece entre la virtud de la fe, los actos de fe y los contenidos de la fe.

María Socorro Fernández García
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad de Burgos
BURGOS

15. Cfr. L.III, d. 23, q. 2-L, 417.